

URIEL IGLESIAS COLÓN*

La historia en mosaico: hacia una interpretación de la analística

The History in Mosaic:
Towards an Interpretation of the Annalistic

Resumen

En términos generales, la historiografía ha criticado acremente a los anales por carecer de ornato y de una función interpretativa fuera del mero registro de los eventos. En el presente ensayo se busca problematizar respecto a la analística y las principales críticas que ha tenido, a la vez que ofrecer una postura con la cual interpretar estos textos a fin de sortear el prejuicio preexistente.

Palabras clave: historiografía, anales, analística, interpretación, historia, narrativa.

Abstract

Generally speaking, the annal has been bitterly criticized by historiography due to its lack of embellishment and interpretative function beyond the mere recording of events. This essay seeks to question the use of annals as well as the critiques against them. At the same time, it offers a view point from which to interpret these texts as a way to counter the existing prejudice against them.

Key words: historiography, annals, annalistic, interpretation, history, narrative.

La narrativa en la historia ocupa un papel preponderante, ya que sin narración no hay historia como tal, según lo manifiesta Hayden White en un interesante ensayo acerca de la narrativa histórica.¹ White no habla con originalidad, como se demostrará más adelante, pero afianza un concepto que ha desprestigiado la historiografía moderna. Entre otras cosas, el autor divide entre los géneros de la historia: anales, crónicas e historia propiamente, siendo los primeros imperfectos y la última el más perfecto, debido a que presenta una narración plenamente desarrollada. Aunque es cierto que los anales son géneros imperfectos por carecer de determinadas características, en el presente ensayo se argumentará que es posible realizar un estudio historiográfico y literario de estas fuentes, si se consideran dentro de su irregularidad e imperfección y no en comparación con las obras "históricas" propiamente.

Los primeros registros históricos que tuvieron los romanos fueron los anales, llamados *annales maximi*,² que son una presentación escueta de los eventos, ordenada cada año, sin mayor crítica ni estilo y frecuentemente anónimos pues describían un largo periodo de historia. Por esta razón, fueron sujetos a una gran crítica, porque se consideraban muy secos y sin mayores virtudes,³ pero gracias

a tales textos hubo registro de la historia romana antigua (aunque la gran mayoría se perdió con el tiempo). Para ordenar los años, los romanos contaban a partir de la fundación de Roma (*ab urbe condita*), acaecida en el año 753 a.C.; a partir de la instauración de la república, cada año se elegía a dos cónsules, quienes nombraban dicho año, de tal forma que los eventos se registraban según la fórmula "siendo cónsules... y..." o "tantos años a partir de la fundación de la urbe". Este método de hacer historia se conoce como analística.

La forma analística de registrar la historia es una de las más precisas y claras. A pesar de mucha teoría y creatividad a lo largo de los años, la historia y la cronología van ancladas una con la otra. Todo texto que trate de historia, sea de filosofía de la historia, historia de la cultura o cualquier adjetivo descriptivo o pomposo y largo que se añada, empieza invariablemente a partir de los años más antiguos y termina con los más modernos, quizá con alguna interpretación, conclusión y abstracción intermedia que den pie a la tesis del autor. No son del todo distintos de las antiguas crónicas, algunas que no dudaban en comenzar por la Creación.⁴ En general, lo

¹ Se hace referencia a su ensayo titulado "El valor de la narrativa en la representación de la realidad", publicado en *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*.

² Se registran las referencias a autores antiguos según las abreviaturas universales y las divisiones clásicas de las obras (libro, capítulo, año, etc.) de forma que puedan consultarse en cualesquiera versiones que estén disponibles.

³ En su tratado *Sobre las leyes* (*Leg.*, I, 5), Cicerón afirma que, en su tiempo, falta un buen representan-

te de la historia para las letras latinas y estipula que los anales no podían considerarse dignos representantes de la prosa. Cabe aclarar que los grandes historiadores romanos (Salustio, Tito Livio y Tácito) son posteriores a él y que casi nada de la época republicana romana llegó hasta nuestros días sino muy fragmentado. También existieron *annales* en verso, como los de Enio (239-169 a.C.), aunque parece que fueron más próximos a la epopeya que a la historia en sí. En cuanto a la historiografía romana antigua, una buena síntesis se puede encontrar en la obra de Michael von Albrecht, *Geschichte der römischen Literatur*, pp. 290 y siguientes.

⁴ No es tema sencillo explicar por qué algunas crónicas comenzaban con la Creación o con tiempos muy anteriores a los tratados. La *Crónica* de

más antiguo se narra de forma breve, compacta y a veces oscura, otras veces deshilvanada y otras más como mera referencia o contexto, mientras que lo más reciente se describe con mayor precisión. En términos generales, la analística ha sido un modelo fundacional que han seguido los historiadores de todas las épocas; hasta la fecha, varios libros agregan tablas cronológicas, que son una versión sintética de la analística.

A pesar de la información y función tan importante que desempeñan, la analística como tal ha tenido más críticos que adherentes: Cicerón (106-43 a.C.) reconoce que los anales carecían completamente de ornato (*De Or.*, II.53), que era, por demás, un requisito para el buen historiador. La historiografía ha privilegiado las obras históricas de mayor envergadura y labor, sobre todo aquellas adscritas a un gran nombre: no se olvidan los grandes historiadores romanos, como Tácito (ca. 55-ca. 120 d.C.) y pocos registros analísticos dignos de recordarse. A pesar de todo, la mayoría de los historiadores sigue el modelo preexistente de la analística, es decir, la organización por años en Tácito; por ejemplo, cada vez que se cambia de año, se precisa la fórmula esperada: “siendo cónsules ... y”, con lo cual se marca el año. ¿Por qué razón, pues Tácito escribió anales, no se le ha despreciado como al resto de la analística? Lo cierto es que los grandes historiadores,

además de haber recibido el título de grandes por la tradición y haber sido recomendados, junto con otros, por y para las escuelas de la retórica, escriben con arte y ornato y dibujan las imágenes más preclaras de cada año que concuerdan con la descripción histórica. Tácito incluso se da el lujo de pintar enormes cuadros y escenas dramáticas o digresiones notables, como la del ave fénix (*Ann.*, VI. xviii.1 s.s.) o del origen del alfabeto (*Ann.*, XI.xiv.1 s.s.), esta última a propósito de una reforma al abecedario que intentó impulsar Claudio.

La palabra *annales* proviene del latín *annus*, que significa un tiempo (un año) y de aquí proviene nuestra palabra castellana *año*. Hay una pequeña diferencia que notan varios autores en cuanto a los géneros de la historia; existen dos formas para registrar la historia: la primera, con el nombre de *annales*, que se refiere a lo antiguo, lo que no se vivió, mientras que la historia moderna –la que sí se vio y vivió– se representa con el nombre de *historia*.⁵ Aunque ambos géneros –por ser históricos– versan sobre las cosas hechas (*res gestae*), se diferencian entre ellos.

Eusebio, de la cual se hablará posteriormente tiene también la función del contraste entre los sucesos bíblicos y los paganos y demostrar qué tan antiguo es el cristianismo a partir de sus raíces judías; también se debe considerar la dificultad de calcular el tiempo (existen tratados acerca de cómo medir el tiempo), por lo que al comenzar con el tiempo más antiguo se estaría apegando a una tradición.

⁵ Esta división aparece en Servio (fl. ca. 385 d.C.), el comentarista de las obras de Virgilio (*Serv.*, *Aen.*, I.373). Aulo Gelio (fl. ca. 175 d.C.) en sus *Noches áticas* (*Gel.*, V.xviii) hace la misma división y agrega otra, que será la descripción día a día llamada *efeméride*. Gelio se basa en Sempronio Aselión, contemporáneo de Escipión el Africano (185-129 a. C.), por lo cual recopilaría la distinción más antigua que se tenía en Roma. Finalmente, Isidoro de Sevilla (ca. 570-636 d.C.) repite ambas recopilaciones (*Ety.*, I.xliv.3), aunque agrega a la discusión otros géneros de la narración (como la fábula). La obra de Isidoro de Sevilla es particularmente significativa debido a que fue la enciclopedia por antonomasia hasta las enciclopedias modernas.

Cabe destacar que en la antigüedad no hay una definición absoluta de historia, pero –en términos generales– la más repetida y universal dice que es la narración de cosas hechas y, cabe agregar, en un orden cronológico. Curiosamente el límite de qué significa cosa hecha y narración es muy amplio; no en balde, Plinio el joven (ca. 61-113 d.C.) dijo que no ordenaba sus cartas de acuerdo con el tiempo porque no se propuso hacer una historia (*Ep.*, I.i.1). En consecuencia, se podría problematizar que si sus cartas fueran cronológicas, quizá podría considerarlas historia o algo parecido, a pesar de que son variedad de temas. La palabra *historia* es de origen griego y proviene de la raíz *id-*, que significa ver.⁶ Así, la *historia* alude al ámbito contemporáneo (porque es la que se vio) y los *annales* referirían lo antiguo, lo que no se vio; por ejemplo, las obras mayores de Tácito se llaman *Ab excessu Divi Augusti* (*Desde la muerte del divino Augusto*), aunque después se acordó dividirla en dos partes: la historia contemporánea a Tácito se denominó *Historiae* y la historia desde la muerte de Augusto (en el año 14 d.C.) se llamó *Annales*.⁷ Su obra completa registra poco menos de un siglo.

Como requisito, dice Cicerón que la narración histórica debe tener ornato y contener arengas y exhortaciones (*Or.*, 66), es decir, poseer algo más que la enu-

meración de hechos, como descripciones, discursos y demás. Si Tácito y otros escribieron anales y se les ha alabado en la posteridad, siguiendo los criterios retóricos de Cicerón, entonces la crítica no es contra la analística como tal, sino contra cierto tipo de anales: aquellos que sólo enumeran y no componen narraciones.

Quintiliano (ca. 55-finales siglo I d.C.), aunque precedido por Cicerón, afirma claramente que se debe estudiar hasta cierto punto la historia (*Inst.*, I.viii.18) y de los historiadores se aprende a narrar (*Inst.*, X.i.31).⁸ Una similar opinión tendrá Plinio (*Ep.*, V.viii.9), a pesar de que ninguno escribió historia. A Plinio se le pidió que escribiera historia, aunque su apretada agenda se lo impidió y, sin embargo, nos da una gran muestra de cómo habría sido de haberla hecho en el emotivo cuadro que pinta acerca de la muerte de Plinio el viejo ante el Vesubio (*Ep.*, VI.xvi). Debido al interés por la retórica, a muchos historiadores se les leyó como modelos de escritura –por las descripciones de personajes o situaciones– quizá tanto o más que por el conocimiento preciso de la historia en sí.

Si los maestros de retórica aconsejaban aprender la narración con los historiadores, para la modernidad esto ha cambiado. Los historiadores contemporáneos estudiados con otros fines fuera de la historia (académica) son pocos en sí. La gran mayoría de ellos son estudiosos que describen e interpretan la historia o ambas o la critican. Son raros los estudios acerca

⁶ En griego, para decir *ver* se utiliza el verbo *horaō*, que es irregular, además de diferentes raíces para la formación de otros tiempos; así, *eídon* significa *vi* (en aoristo), mientras que *oída* significa *sé* (literalmente he visto) en perfecto. Su lógica es: he visto, por lo cual sé. Asimismo, la raíz *id-* se relaciona con *vid-* en latín, de donde proviene *videre*, o sea, *ver*.

⁷ La división ha sido problematizada en varias ocasiones. Véase la introducción de los *Anales* de Tácito, de José Tapia Zúñiga, p. XVIII.

⁸ En esta sección, Quintiliano da su currículo de autores que deben estudiarse. Es interesante destacar que coloca a la historia después de la poesía pero antes de la oratoria y la filosofía y dice que es próxima a la poesía. De esta manera, parece que la historia nace de la poesía, sobre todo de la épica.

de la prosa histórica en la modernidad y una veta no muy concurrida entre los estudiantes de historiografía y literatura, a pesar del carácter literario de la historia. Incluso sucedió que Theodor Mommsen, uno de los más célebres historiadores alemanes, ganó el premio Nóbel de literatura en 1902; tal vez el nombramiento se deba más a su trayectoria y la importancia de su *Römische Geschichte* (*Historia de Roma*) y a sus ediciones de diferentes textos que a su aportación a la literatura universal. Es más, como buen académico decimonónico, Mommsen también publicó artículos en latín; sin embargo, la comisión del premio Nóbel sólo le reconoce sus trabajos en alemán. Sin duda, algo de literatura tenía Mommsen, pero se suele leer en ámbitos de academia más que entre la literatura, y pocos encontrarán en su prosa el valor catártico que está presente en gran parte de la literatura.⁹ De esta forma, si en el mundo contemporáneo pocos historiadores son modelos literarios, en la antigüedad (entendida ampliamente) no era así. Muchos historiadores eran leídos no sólo por las escuelas de historia, sino también por las escuelas retóricas. Se convirtieron, pues, en un modelo de narrativa, como lo fue Cicerón para la oratoria o Virgilio para la poesía. Es difícil precisar cuándo ocurrió el

cambio, pero probablemente la profesionalización de la historia (y de la literatura) y con ello las exigencias de la academia hayan acelerado el cambio.¹⁰

El método de la analística y el relato año por año con muchas manos de por medio atraen numerosos contrapuntos: es irregular, o sea, hay años con información muy escasa y otros con descripciones más elaboradas y vistos en conjunto carecen de una unidad y una perspectiva más amplia que el mero registro de los hechos. Los anales suelen ser anónimos, pero en algunos casos hay constancia de nombres que rara vez dicen algo. En este sentido, la gran diferencia entre los anales y las obras como la de Tácito serían la autoría y naturalmente las dotes retóricas. Muchos autores de obras llamadas *anales* y *crónicas* han sido estudiados con mayor ahínco y benevolencia que los textos sin nombre. Es más, algunas obras llamadas *gestas*, escritas con apego al método analítico, también son muy destacables y exitosas, en contraposición con su parte anónima.

Los anales y crónicas¹¹—anónimos por lo general— son compuestos por muchas manos, con adiciones y escolios, y no es raro encontrar en las ediciones notas acerca

⁹ La página web del premio Nobel dice que por literario se deben atender también escritos que contengan valor literario (en línea http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/1902/press.html). Es absurdamente difícil definir el “valor literario”, pero lo cierto es que la cantidad de ganadores del premio Nobel de literatura que no escriben “literatura” (novela, cuento, poesía, etc.) resulta minúscula. Además de Mommsen, están Rudolf Christoph Eucken, Winston Churchill y Bertrand Russell como ganadores del premio sin haber escrito propiamente “literatura”.

¹⁰ Luis González y González dice: “El profesionalismo [de la historia] sin duda disminuye la creatividad espontánea, encadena a la loca de la casa e impide los desbordes de la imaginación, pero nos conduce con máxima rapidez y seguridad al puerto buscado. Si la meta mayor de la historia contada es coincidir con la historia vivida lo más posible, si el fin principal de nuestras investigaciones es la imposible conquista de lo que realmente sucedió, el entrenamiento profesional, que proporciona la experiencia codificada de los historiadores que en el mundo han sido, se vuelve indispensable para hacer de la historia un conocimiento acumulable y cada vez más creíble”. *El oficio de historiar*, p. 48.

¹¹ Aunque son géneros diversos, en algún momento significaron prácticamente lo mismo. Más adelante se explica la crónica.

de ulteriores modificaciones. Son, pues, una obra colectiva, de la cual se desconoce cuán colectiva es, cuántas manos hay detrás del texto o si la mano que escribe es la misma que dicta. Con esta rúbrica, parecería que el anonimato es un problema, aunque Roland Barthes¹² propuso que se pueden analizar obras en las que se omita al autor, en virtud de que la originalidad es mucho más escasa de lo pensado. Tal vez, de seguirse la tesis de Barthes y eliminar a los autores, se pueda mejorar la percepción general de los anales: no como esa literatura mediocre y seca que criticaba Cicerón, ni una simple recolección de datos que deben interpretar los historiadores serios y lejos del alcance de un simple analista, reo de los datos duros e inexpressivos, sino como un texto complejo y digno de estudiarse, a pesar de su irregularidad. En efecto, los analistas no dejan de ser historiadores, aunque falte la visión de conjunto y redondear la obra.

Los anales son obras que relatan la historia cada año; sin embargo, hay otro término por considerar: la *crónica*. Esta palabra proviene del vocablo griego *chrónos* (tiempo); en principio, es un adjetivo que suele ir acompañado del sustantivo *libros*, aunque la palabra aparece también como un término absoluto (*chronica* o *chronicon*). ¿Cuál es la diferencia entre uno y otro? El término *crónica* abarca más cosas. Aulo Gelio (fl. ca. 175 d.C.) registra varias obras históricas que se llaman indistintamente *Anales* o *Crónicas*, pero en un pasaje (*Gel.*, XVII.xxi.1) menciona obras conocidas como crónicas que tratan so-

bre los tiempos (*aetas*), las cuales cabe interpretar como edades o épocas.

Isidoro de Sevilla (ca. 570-636 d.C.) define las crónicas como "las sucesiones del tiempo" (*Ety.*, V.xxviii); por tanto, una crónica trataría de la división de épocas para el estudio de la historia. Una de las primeras crónicas que han sobrevivido es la de Eusebio de Cesarea, la cual se conserva en una traducción de san Jerónimo y hay algunos fragmentos del original griego. En el prefacio de esa obra, Eusebio precisa que hace una selección (*Chron.*, Proem. 1)¹³ y comienza con los caldeos y egipcios. Así, es una obra que abarca prácticamente toda la historia del mundo conocido y que luego se esquematiza en años para equiparar hechos bíblicos paganos, estipulando como punto de partida el nacimiento de Abraham.

Eusebio de Cesarea divide su crónica por etapas de acuerdo con distintos criterios, lo cual la hace una obra muy útil y muestra de ello es su influencia. A partir de este antecedente, se podría considerar a la crónica como un texto que abarca edades y épocas más que años; sin embargo, en la Edad Media había muchas obras que se llamaban indistintamente *anales* o *crónica* y que estaban ordenadas de acuerdo con la analística, por lo que ambos términos son sinónimos en la mayoría de los

¹²Se hace referencia aquí al polémico tratado acerca de la muerte del autor. Véase Roland Barthes, "The Death of the Author", *The Rustle of Language*, pp. 49-55.

¹³Se utiliza la versión de Migne, que contiene la traducción y los fragmentos griegos (en caso de existir). El texto de san Jerónimo dice: "Elegi (*perlegi*) muchos libros de las antiguas historias"; el verbo *perlegere* significa escoger o elegir, pero también tiene el sentido de resumir (escoger muy selectivamente). Por su parte, el texto griego afirma: "Me esforzaré en hacer un panorama (*synosin*)". La traducción de san Jerónimo parece que se basó no en los fragmentos griegos que se conservan, sino en otra edición de Eusebio, pero el texto griego se encuentra muy fragmentado para discernir con claridad qué tanto se agrega.

casos. La *Crónica anglosajona*, entre otras, se ordenó analísticamente, pero comenzó desde el nacimiento de Cristo (aunque se omitió varios años y llegó rápido al siglo V). Así, en este pequeño ensayo se estudian específicamente los textos llamados *anales* o *crónicas*, que son anónimos. Éste es un requisito principal, ya que –como se ha visto– cuando hay un autor de por medio, el texto es más regular y se suele estudiar de modo distinto.

La analística produce obras muy irregulares, pero no del todo mediocres: basta ver algunos ejemplares para comprobar que mientras existen años a los que el autor dedica bastante espacio y descripciones, al mismo tiempo hay años con datos superficiales o inexistentes que, sin embargo, registran elementos que un historiador difícilmente tendría en cuenta, como una mala cosecha y que, no obstante, son minas de oro para otro tipo de estudios e incluso para fechar algún evento, con base en la gran complejidad de proporcionar fechas precisas. Estos datos pasarían por intrascendentes salvo cuando se analizan en conjunto con otras evidencias: quizá un mal año provocó migraciones que afectaron otras partes del mundo; además, adolecen de una unidad como tal y el énfasis a ciertos eventos no es siempre igual. Están hechos no por una sola mente, sino por muchas; en consecuencia, la escritura de los analess es muy irregular.

¿Qué contienen los analess? Típicamente narraciones breves de los sucesos ordenadas anualmente y a veces cada mes y pocas veces tan específicas como día a día. Las descripciones suelen ser de sólo algunas líneas de longitud, aunque no son raras las que abarcan varias páginas. Un elemento importante de los analess es

que en ocasiones citan íntegramente o resumen fuentes que se han perdido, así como reproducen documentos y poesías. Por ejemplo, la *Crónica de Zelanda*, un texto de sobresaliente calidad, reprodujo en 1201, a la muerte del arzobispo Absalón, un epitafio o en 1171 se refiere al asesinato de Tomás Becket, el célebre arzobispo de Canterbury, y copia fuentes anglosajonas, pero agrega un poema de san Ambrosio. En todo ello explica de antemano por qué es importante conocer la vida y los milagros de Tomás Becket.

Si se leen sólo éstos, será claro que hay un trabajo de búsqueda de fuentes, pues éstas se copian de manera directa de otros textos, pero las breves introducciones no carecen de arte alguno, porque el autor argumenta la importancia del relato y le dedica varias páginas. Por ejemplo, los *Anales de Fulda* narran con gran detalle los eventos militares, pero aun así no obvian descripciones más detalladas, como acciones de un solo día, como sucedió en el año 896. El *Analista saxo* abunda en el inicio de las cruzadas en 1096, cuando, a la par de citas, se contagia del ánimo para quien supo de aquella gran guerra. O ¿qué tal la reforma de Císter, llevada a cabo por san Bernardo de Claraval, registrada en 1147 por la breve *Crónica de Claraval*? y no sólo describe al santo, sino también recopila sus virtudes y anuncia sus milagros. Es más, Walter Map (ca. 1130-ca. 1210) cita unos analess escritos en verso (*De nugis*, V.3). En fin, el contenido es muy variado y el énfasis a ciertos eventos no es igual en todos los casos.

Ahora bien, el interés se centra aquí en cómo podrían interpretarse de mejor manera los textos de la analística. En ellos, el autor busca, registra y pinta no toda una historia, sino un cuadro particular de

un año, un evento o un día, un mosaico aislado que será una pieza completa pero perteneciente a algo mayor. Quizá, debido a la característica de tales textos, sería conveniente leerlos no de inicio a fin, como es indispensable en otros textos, sino prestar atención a dichos cuadros, a una selección particular, ya que ahí se puede analizar el arte de narración y además muestra suficientes palabras para estudiar al autor. La narración de algunos de estos cuadros no es indigna: se aprecia la prosa apretada y compacta como buen historiador, diciendo lo más con lo menos y, con un vocabulario expresivo, da vida al cuadro en cuestión y no sólo registran lo sucedido, sino que describen con cierto detalle algún evento, con adjetivos que le otorgan color al cuadro. De esta forma, debido a que los anales son textos irregulares, deberían leerse irregularmente por separado como si fuesen mosaicos, independientes entre sí, y considerar cada fragmento único e interpretable por sí mismo. No son, pues, años, sino cuadros y como tales se pueden apreciar todos, o sólo los buenos o sólo los malos, pero es importante ser sensible a esta realidad para apreciarlos, más que despreciarlos.

La analítica también se puede interpretar dentro del ámbito retórico y literario. Quizá aquí haya que recordar a Plinio el joven, quien no escribió acerca de historia, pero legó una crítica histórica y en una de sus cartas describe, cual maestro de retórica que era, la muerte de su tío a los pies del Vesubio. Esa carta enseña las dotes de un magnífico narrador y por medio de ese cuadro se perciben la angustia y casi el insoportable calor de la lava voraz. Nadie sabe qué tan buen historiador hubiese sido Plinio, pero sus

cuadros hacen lamentar que no se dedicara al arte de la historia. Por ello, éstos podrían leerse a manera de pequeños cuentos, con una narrativa breve; a lo mejor los anales deban seguir el método y las expectativas del lector de cuentos, epigramas o epístolas; quizá así se pueda obtener un análisis histórico y literario más provechoso.

De estudiar la analítica como un microtexto, como un mosaico de historia, se lograría una interpretación más profunda, ya que lejos de destacar las indudables contradicciones e irregularidades, se centraría en un momento en el cual se aprecia la emotividad del autor, sobre todo en el vocabulario escogido y en la narrativa propia. El hecho de que el autor sea anónimo no debería causar un problema, ya que, como lo mencionó Barthes, el nombre no es fundamental, pues —a pesar de él— todos los autores dependen de una larga cadena de tradición, a partir de la cual entienden el mundo y así lo expresan; incluso conocer al autor puede ensombrecer o delimitar erróneamente el análisis de su obra, lo cual empobrecería las opciones de interpretación. No en balde todos los textos mencionados dicen que los reyes mueren (*obiit, occidit*), pero los líderes eclesiásticos y santos migran (*migravit*). Sin embargo, esto no es un ardid poético, sino una diferencia tenue que aclara la procedencia del autor, pero también proporciona su opinión, así como distingue entre el mundo material y el espiritual: al primero llegarán quienes dediquen su vida al mundo y al último quienes tengan como objetivo principal su devoción espiritual. Así, con una sola palabra se atesora una estricta postura, a partir de la cual se entiende mejor el mosaico histórico.

A pesar de que claramente en el presente artículo el estudio se centra en crónicas medievales, el uso y escritura de los anales tuvo una larga vida, aunque el principio se podría aplicar universalmente siempre y cuando se cumpla el requisito del anonimato y el registro cada año. Es cierto, como lo apunta Hayden White, que hay tiempos más oscuros para el registro de la historia y sobre el cual la narrativa histórica es muy pobre, pero aun las sencillas palabras que alguien dedique a la historia son interpretables, máxime si se tiene en cuenta la gran cantidad de representantes de la analística que se conservaron. En dicho sentido, tampoco White estipula mayor comprensión por la analística y, de analizarla por cuadros, encontraría en algunos casos esa narrativa y conclusión que es requisito para la historia. No obstante, se ignora si la analística como género histórico continúa hoy en día, pero no extrañaría que se descubran después, en lugares recónditos, que alguien escribió anales anónimos del siglo XXI y sea deber del futuro interpretar dichos mosaicos históricos.

Bibliografía¹⁴

- Albrecht, Michael von. *Geschichte der römischen Literatur*, 4a. ed., vol. II. Munich, Deutscher Taschenbuch Verlag, 2009.
- Anglo-Saxon Chronicle, The*. James Ingram (trad.). Londres-Nueva York, J. M. Dent & Sons-E. P. Dutton & Co., Everyman's Library, 1912.

Annales Fuldenses sive Annales regni Francorum Orientalis. Friederic Kurze (ed.). Hannover, Impensis bibliopolii Hahniani (*Scriptores Rerum Germanicarum in usum scholarum ex Monumentis Germaniae Historicis recusii*), 1891.

Annalista Saxo. G Waitz (ed.). Hannover, Impensis bibliopolii Hahniani (*Monumenta Germaniae Historica. Scriptorum*, tomo VI), 1844.

Barthes, Roland. "The Death of the Author". *The Rustle of Language*, Richard Howard (trad.). Berkeley-Los Ángeles, University of California Press, 1989.

Cicero, Marcus Tullius. *De Legibus. Traite de lois*, Georges de Plinval (ed., trad.). París, Collection des Universités de France-Association Guillaume Budé (Les Belles Lettres), 1968.

_____. *Orator ad Marcum Brutum. El orador perfecto*. Bulmaro Reyes Coria (introd., trad., notas). México, Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 1999.

_____. *De Oratore. Acerca del orador*. Amparo Gaos Schmidt (introd., notas). México, Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades, vol. II (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 1995.

Chronicon Clarevallense en Patrologiae Cursus Completus. Serie Latina, vol. CLXXXV, J. P. Migne (ed.). París, 1844-1855.

Eusebius Pamphilus. *Chronicon*, S. Hieronimo (intérprete). *Patrologiae Cursus Completus. Serie Latina*, vol. XXVII, J. P. Migne (ed.). París, 1844-1855.

¹⁴Para los textos en latín, se citan el nombre y el título en original, seguidos del título marcado en la edición, según sea el caso.

- Gelius, Aulus. *Noctes Atticae* (*Noches áticas*), Amparo Gaos Schmidt (intro., trad., notas e índice onomástico). México, Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades, vol. V (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 2000-2012.
- González y González, Luis. *El oficio de historiar*, 2a. ed., Guillermo Palacios y Andrew Roth Seneff (estudios introductorios). Zamora, El Colegio de Michoacán, 2003.
- Isidorus Hispalensis. *Etymologiae* (*Etimologías*), José Oroz Reta y Manuel A. Marcos Casquero (texto latino, versión española y notas), Manuel C. Díaz y Díaz (introd.). Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2004.
- Mahap, Gauterius. *De Nugis Curialium. Courtiers' Trifles*, M. R. James (ed., trad.). Oxford, Oxford University Press (Oxford Medieval Texts), 2002.
- Plinius Caecilius Secundus, Gaius. *Epistularum Libri Decem*, R. A. B. Mynors (ed.). Oxford, Oxford University Press (Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis), 1963.
- Quintilianus, Marcus Fabius. *Institutio Oratoria*, M. Winter-botton (ed.). Oxford, Oxford University Press, II vol. (Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis), 1970.
- Servius Honoratus, Maurus. *In Vergilii Aeneidos libros. Servii Gramatici qui feruntur in Vergilii Carmina commentarii*. Georgius Thilo y Harmanna Hagen (ed.). Hildesheim, G. Olms, vol. III, 1961.
- Tacitus, Cornelius. *Annales* (*Anales*), José Tapia Zúñiga (intro., trad., notas). México, Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades, vol. III (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 2002-2009.
- Vetus Chronica Sialandiae. Scriptores Minores Historiae Danicae Medii Aevi v. II.M.* CL. Gertz (ed.). Copenhagen, Trykt hos J. Jørgensen & Co., 1918-1920.
- White, Hayden. "El valor de la narrativa en la representación de la realidad". *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Jorge Vigil Rubio (trad.). Barcelona, Paidós (Paidós básica núm. 58), 1992.

Cibergrafía

- "Theodor Mommsen-Facts", Nobelprize.org. Nobel Media AB. http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/1902/mommsen-facts.html (consultado el 2 de noviembre de 2013)
- "Theodor Mommsen, Award Ceremony Speech", Nobelprize.org. Nobel Media AB. http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/1902/press.html (consultado el 2 de noviembre de 2013)